



Luis García BERLANGA

Los aficionados (Tierra de nadie)

Sinopsis de Berlanga y Azcona

Hacía ya quince días que no llegaba el suministro. Las requisas resultaban inútiles. Estos astutos campesinos sabían recoger los víveres y apenas si en toda una jornada se recogía un saco de patatas y unas coles. Solo «el Rubio» y los tres o cuatro garañones del grupo sabían beneficiar su estómago al compás de sus aventuras amorosas. El hambre inundaba al batallón de mala uva, pero no de desaliento. Tumbados al sol en la plaza del pueblo o recostados en las desenfiladas de los puestos avanzados, los soldados, mientras liaban los cigarros-papel de fumar era lo único que sobraba-hablaban de lo que se habla en las guerras de mujeres, de comidas, y hacían chistes sobre la comestibilidad de los piojos. En aquel frente, desde hacía dos años se practicaba esa guerra de posiciones que inmoviliza a la gente, la aburre y la destruye. Pero en ese momento el otoño era suave, el sol calentaba gratis y hacía ya muchos días que no se oía un tiro. Tumbarse en la hierba era una delicia si no existiera el hambre ni los altavoces de enfrente con sus canciones navarras y sus sermones. Claro está que desde aquí también se les hablaba, pero como los altavoces estaban dirigidos hacia ellos, apenas si se oían los mítines, que debían ser pesadísimos, o de comisario.

«El Correos» se entretenía en detener con un palito a una hormiga tenaz y estúpida que se empeñaba en subir un pedazo de algo a lo alto de una piedra. Mariano, Ballesteros y «El Cera», con los ojos cerrados, tumbado al sol, deberían pensar algo, pero no se les notaba. Se anticipaban en muchos años a las pastillas tranquilizadoras y sin gran esfuerzo habían logrado la

ataraxia completa. Más lejos aun, alguien lavaba la ropa, y uno, a la puerta de una chabola limpiaba el fusil: «El chalao de Ortega siempre metiendo la pata-pensó «el Correos».

Y en aquel momento el altavoz de enfrente dio la noticia: «Soldados que lucháis engañados por unos dirigentes que se llevan el oro de España para sus orgías mientras vosotros pasáis hambre mientras esperáis nuestras victoriosas ofensivas, sabed que en nosotros la normalidad es tan completa que el jueves, festividad de la Raza, organizaremos una corrida de toros por aquí cerca para que nuestros heroicos soldados puedan divertirse y, tanto ellos como la retaguardia, comprueben la excelente moral que en ambos sitios se tiene...»

El lenguaje era el de siempre. Pero entre todas aquellas palabras de todos los días, que no producían más efecto que el de dar dolor de cabeza, una sola, sorprendente y nueva hizo que los tres soldados abriesen los ojos y que «el Correos» dejase súbitamente de importunar a la hormiga. «Corrida de toros». De repente se les abrió a los cuatro un recuerdo del que no tenían huellas, como si fuese algo tan lejano u oscuro sumido en el fondo del subconsciente o de la adolescencia. «Corrida de toros». Y «el Correos» fue de nuevo limpiabotas en el café de su apodo y volvió a tener afición, a engancharse en los topes camino de las capeas, a limpiarle gratis los zapatos a aquel apoderado, a aquel periodista, a aquel novillero. Y las corridas de Carabanchel, y aquel día que se tiró de espontáneo en la plaza de Tetuán, y la doble paliza que recibió del corniveleto y de los guardias. «Corridas de toros».

Y el Mariano, el ballesteros y «el cera» volvieron a ir vestidos de hombres a sudar, a gritar, a beber en una bota y a pegar con garrotes en los lomos de las vaquillas o de toreros. Y cayeron en el día de fiesta del pueblo, y se cardaron del baile, del paseo, de las muchachas que habían tocado mientras un tiovivo giraba con la Mancha de paisaje de fondo.

Pronto todo el batallón tuvo noticia del acontecimiento. De vez en cuando se celebraban pequeños armisticios en la tierra de nadie para intercambiar papel de fumar por tabaco. En el último de ellos se pudo conseguir de los soldados de enfrente más detalles sobre la corrida. En realidad iba a ser una especie de capea y las vaquillas se encontraban ya en el pueblo más cercano de enfrente. Era de suponer, pues, que la corrida se celebrase en aquel pueblo.

En «el Correos» la afición le iba empujando a una terrible idea: ¿Y si él se pasaba para ver y torear esa corrida? En los ratos de descanso se revolcaba sin dormir, dando vueltas a esa peligrosa aventura. ¿Pero merecía la pena correr ese riesgo? Y además, ¿que pintaba él al otro lado? No es que fuera un fanático de los de aquí, pero tampoco le seducía nada lo que pudiera pasar enfrente a excepción de la corrida, claro está. Tuvo la debilidad de contárselo a Ballesteros. Este, en un principio, no le hizo caso, pero empezó a cosquillearle por el cuerpo otro deseo: el de satisfacer su hambre. No, no estaría mal pasarse... Pero luego volver, y volver nada menos que con un novillo y empezó a planear una aventura mucho más difícil que la de «el Correos», pero más compensadora si se realizaba con éxito. Comunicó a los otros, al Mariano y al «Cera» su idea, y a través de éstos el proyecto llegó a oídos del Comandante. Éste les mandó llamar y les echó la bronca más gorda que habían recibido desde que llegaron al frente. Para terminar, los llevó a un almacén y les dio unos uniformes de enfrente, que les había quitado a unos pri-

sioneros, y la buena suerte. Ahora ya eran libres de hacer guerrilla, pronto se les quisieron unir varios, pero sólo «el Rubio», por huir de la venganza de una moza del pueblo, y «el Cortijo» que entendía esto de conducir vacas o novillos por veredas y cañadas, fueron admitidos en la aventura. El plan era el siguiente: Pasarse a la otra zona dando un gran rodeo a la sierra y aparecer en el pueblo de enfrente sólo el día de la fiesta – pues si llegaban con antelación esperarían escondidos- en que habría muchos soldados y jolgorio, y, por tanto, ellos y sus uniformes pasarían desapercibidos. Además iban bien aleccionados sobre los nombres de los que mandaban aquel sector, por si tenían algún tropiezo con fuerzas de vigilancia. Lo difícil sería la última parte, sacar la res del pueblo y traerla hasta esta zona. Para esto no tendrían ningún plan trazado. Improvisarían sobre la marcha.

Y al anochecer de un viernes iniciaron la aventura. Vestidos con los uniformes enemigos se internaron en la sierra. Apenas llevarían tres horas de camino cuando unas voces les dieron el alto. Creyendo que serían tropas enemigas levantaron los brazos.

Cuando el Comandante los libro del puesto donde habían sido conducidos – una patrulla de un batallón contiguo al suyo les había hecho prisioneros- se desanimaron bastante y renunciaron a la empresa, pero la insistencia del altavoz enemigo les decidió a empezar de nuevo.

A los dos días de caminata llegaron a un pueblo del otro lado de la montaña. Los seis soldados iniciaron el intento de adaptarse a su clima y a unas costumbres que durante dos años habían adquirido ante sus ojos una irrealidad casi fantasmagórica. La presencia del cura, las consignas y los retratos iban configurando una realidad que iba siendo vivida por primera vez. Llegaron a la aldea en el momento en que se iniciaba la misa de la festividad del día. En

ella, una serie de complicaciones y aventuras surgieron a los forasteros alguno de los cuales empezaba a asaltarle la duda de si habían ido demasiado lejos. El pueblo está en fiestas. Han acertado eligiendo este pueblo y este día. Pero un pueblo en fiesta aun en plena guerra y en la retaguardia del frente, vibra de forma des acostumbrada. «El Rubio» consigue una conquista nada difícil en la mujer del tabernero. El Galán tiene una aventura sentimental. Por las calles engalanadas. Tal vez mezcladas con otras parejas de mozas y soldados, que no pierden el atávico paseo bajo las arcadas de la plaza mayor, el galán y una chica entrecruzan unas primeras palabras de amor. Y él, casi olvidándose de su misión y ella, entregada enteramente, convienen una cita para el día siguiente, ese día que en realidad no debe contar en la historia de la pareja.

El momento de la capea ya ha llegado. La fiesta, entre músicas, aire verbenero, bailes y cohetes, alcanza ese punto en que la corrida a muy pocos metros de la línea de fuego, cumple un cometido de sincero jolgorio y, al mismo tiempo, de propaganda ya anunciada. Soldados y paisanos —éstos, niños y ancianos— se agolpan en la plaza, en los graderíos improvisados bajo banderas y gallardetes. En el palco presidencial, las autoridades.

Sabemos que el plan de los forasteros intrusos, ahora agrupados de nuevo cerca de los primeros carros que forman la barrera, y de regreso cada uno de ellos de sus aventuras particulares, cada una distinta de la otra, es el siguiente: «el Correos» se echará al ruedo entre tantos otros espontáneos, y al mismo tiempo que obtendrá la satisfacción de torear la vaquilla —idea que era la impulsora de este difícil aventura— preparará la forma de llevar la res hasta el carro ocupado por los otros compinches que han preparado las cosas de tal modo que cuando la vaquilla se les aproxime el carromato caerá desarmado y permitirá a la res salir pitando, acosada por los espectadores y en busca de la libertad.

La capea se inicia. Los mozos soldados caen sobre la vaquilla.

Risas, gritos, trompicones y algún susto regular. «El Correos», que hasta ese momento soñaba con emular sus pasadas y ya casi olvidadas actividades taurinas, se echa al ruedo. Comienza unos pases y tal entusiasmo levanta a gritos a la gente: los otros mozos soldados se apartan y dejan solo al desconocido soldado-torero.

Pero de repente éste, de forma insospechada, se ve invadido por un tremendo gran pánico que no sólo le obliga a ponerse a salvo, sino que tiene que hacerlo de la manera más vergonzosa posible. El Jaleo es mayúsculo —tal vez el estar en guerra obliga a los jueces a ser tan severos y bélicos— El comandante militar de la plaza, que preside la capea desde el palco central, obliga al corrido «Correos» a presentarse delante de él. La escena es violenta. El interrogatorio, peligroso. Cuando «el Correos» está ya echo un lío y ni siquiera puede balbucear la pregunta de a que unidad pertenece y sus dedos tiemblan al querer echar mano de los papeles, el milagro se realiza. Un gran vocerío llega hasta el palco presidencial. La gente invade totalmente el recinto taurino. La vaquilla ha encontrado la libertad, el carro que debía caer desarmado ha caído y ahora, en una carrera desenfrenada, el gentío persigue a la res, que busca el campo abierto que se le abre ante sus ojos. «El Correos» busca la ocasión para escaparse del interrogatorio. Y echa a correr detrás de la gente que va detrás de la vaquilla. Inmediatamente detrás del animal corren sus cinco amigos. Cuando «el Correos» los alcanza tiene el valor de guiñarles un ojo que quiere significar una demanda de perdón y al mismo tiempo de picardía.

Anochece. La vaquilla ya sólo es seguida por los seis soldados. Poco a poco, en una

vaguada, logran reducirla. Tal vez ahora «el Correos» haya podido rectificar el mal recuerdo que ha dejado entre sus compañeros. Ya las voces del pueblo en fiesta son más lejanas. Ya no se oyen. Sólo algún disparo suelto nos recuerda que estamos cerca de la guerra.

La noche es absoluta. Los pueblos, en la guerra, no pueden encender ni siquiera las amarillas y débiles bombillas de siempre. Todo está negro. Los seis soldados, con esfuerzo, con pequeños tropiezos, con angustia, van pasando la vaquilla por entre vericuetos, riachuelos y vaguadas. Ya han cruzado las líneas nacionales. Deben estar en la tierra de nadie. La vaquilla, de vez en cuando, lanza un mugido. Unas veces le ponen las manos en los morros, otras, un pañuelo o un matojo de hierbas; la vaquilla, sin

embargo, muge cuando quiere y le apetece. Y en medio del silencio de una guerra de posiciones y además nóctura aquellos débiles mugidos parecen más bien sirenas de trasatlánticos.

Cuando ya todo asemeja que marcha bien, el cielo, de pronto, se ilumina de bengales. Pero no son bengalas de fiesta, sino de guerra. Los nacionales casi han encendido súbitamente el cielo para intentar descubrir las anomalías que están desarrollándose frente a sus líneas. Ahora sueñan unos tiros. Un guirigay atroz: luces, bengalas, tiros y algún mortero envuelven al grupo de los seis y la vaquilla. Los rojos contestan y lo que estalla es fenomenal. Es como si en este momento hubiera estallado la guerra. Ya no hay forma de arrastrar la vaquilla: los seis aventureros escapan, aunque uno cae mal herido. Llegan a sus trincheras, ahora arrastrando al herido, y caen de cabeza en ellas. Tal vez la última mirada, ya a salvo, sea para todos una mezcla de miedo y diversión.

Amanece. Es la tierra de nadie, entre una zona y otra, en medio de la geografía dolorosa de España la vaquilla pace tranquilamente. Allá o aquí, los rojos; aquí o allá, los nacionales. En medio, tal vez envuelta por las brumas del amanecer que ha ido surgiendo tras una noche de follón, la vaquilla come de la poca hierba que ha quedado entre tanta desolación bélica.

Los rojos llaman ahora desde sus líneas a la vaquilla, la echan piedras, se atreven incluso a chillar. Los nacionales hacen lo mismo, pero un poco más tarde sacan un trapo para llamar la atención de la res. Los rojos, por su parte, no quieren ser menos y muestran una tela encarnada, que por lo que vemos comienza a atraer a la vaquilla, que se dirige hacia sus líneas. Suena un disparo. Luego otro. Otros. De un lado y otro se inicia de nuevo el tiroteo. La vaquilla cae agujereada por las balas, como si fuera un colador. Su sangre ha cubierto su cuerpo sin vida e incluso empapa la tierra calcinada, que la embebe con avidez.

Ahí, en medio, distante de los unos y de los otros, la vaquilla muerta. Unos cuerpos que han volado de un picacho a otro comienzan a dar vueltas y más vueltas encima de la res muerta. No tardarán en caer sobre ella. Tal vez cuando la noche llegue.

